

Cuentiembre - Joaquín Gede

Joaquin GeDe



CUENTIEMBRE

JOAQUIN GEDE

RELATOS BREVES

Capítulo 1

Cuento-I (2-11-2015)

MI abuelo tenía una bicicleta, iba de aquí para allá. Mientras la limpiaba y engrasaba sentado en un banquillo de los que usaban los limpiabotas, él me entretenía de ayudante sujetando las herramientas y con algunas historias de su Ciclopedia:

"Cuando el ciclista se detuvo en lo alto del puerto de montaña, levantó los brazos y soltó un grito de satisfacción. Después de escuchar su propio eco, que tardaba un tiempo en extinguirse, oyó unas explosiones de cohetes y música de banda en el valle. Cuando bajó al pueblo se encontró adornos de papeles de colores y una enorme pancarta que decía:

"GLORIA AL CAMPEÓN HÉROE" .

Justo al pasar bajo la pancarta como si fuera la llegada a meta, la gente del pueblo le rodearon con vítores y aplausos. Después de quitarse el confeti y las serpentinas de las orejas observó de entre la muchedumbre salir un señor con sombrero, algo abarrilado, con una banda cruzada tricolor que parecía una botella de vino envuelta para regalo: Era el Alcalde. Sacó un pliego manoseado y se puso a leer su discurso: ¡Conciudadanos, vecinos de Arribia! Hoy nos sentimos honrados en el tricentenario de nuestro pueblo de recibir a nuestro héroe deportivo, que después de tantos años de ausencia, nos digna con su persona al pueblo que lo vio nacer...

La gente interrumpía con aplausos y palmadas de felicitación al ciclista; le ofrecían jarras de cerveza fría y salchichas a la brasa. El foráneo deportista, viendo la acogida tan cariñosa, dio pié al festejo aceptando cuanto acontecía; pensaba que su escalada al puerto de montaña se merecía tal reconocimiento por el esfuerzo y sacrificio realizado.

Un anciano que tocaba el trombón se le acercó y le dijo:

- ¡Ay, querido Gino, si tu padre levantara la cabeza y te viera!
- Perdona, pero mi padre se llama Amancio y lo dejé esta mañana ordeñando las vacas en Arrebajo.

Al pronto dejó de sonar la música, dejaron de explotar cohetes y los gritos de vítores se ahogaron en un silencio que solo se escuchaba sisear al viento entre las guirnaldas de papeles.

-¿Pero bueno, tú no eres Gino? ¿Gino Bartali nuestro ciclista campeón?- interrogaba el alcalde.

-¡Nada menos que de Arrebajo! ¡Gente que no podemos ni ver!- dijo el del trombón.

Cuando el ciclista vio que las caras se amorataban y algunos cogían piedras del suelo... giró su bicicleta, montó en ella, escupió la media salchicha a la brasa y salió volando como un rayo. Ese día volvió a subir el puerto en un santiamén y volverlo a bajar hasta llegar a su pueblo. Nadie

en la historia había conseguido en el mismo día subir dos veces esa montaña, ni siquiera el mismo Bartali. Al verlo llegar tan escalabrado una señor amigo de la familia le reprendió:

- Algún día te tenías que dar un morrazo con tanto subir y bajar de esa montaña.

- ¡Espabila y pásame esa llave inglesa que tengo suelto los tornillos del plato! - Me decía mi abuelo.

Capítulo 2

Cuento. 2

LA CONFESIÓN

- Buenas padre, he venido a confesarme.
- ¡Cómo que buenas! ¡Dirás avemariapurísima!
- Eso quería decir. Padre soy un canalla.
- Ya lo creo- contesté.
- Si usted supiera... no se imagina lo canalla que soy.
- Me lo imagino.

Se quedó mirando detrás de la celosía del confesionario con cara de asombro pensando que le seguía la corriente. Me miró de soslayo.

- Soy un miserable, un ser despreciable.- decía apesadumbrado.
- Está bien, las dos te cuadran bien.

Ahora echó la cabeza hacia atrás asombrado, desconfiando si mi comprensión era templanza o sarcasmo.

- Sí, sí, lo reconozco todo cuanto me diga, pero déjeme que le cuente.- Sacó un pañuelo y se sonó la nariz.
- Prosigue, cuéntame lo vil que eres. Que sepas que el señor te agradece que abras tu alma y te muestres tal cual eres.

Se guardó el pañuelo y se esnifó dos pellizcos de rapé que le saltaron las lágrimas.

- La botella me puede y cada vez que llego a casa la tomo con ella. Será mi perdición.
- Ya te lo advertí. ¡Déjala, que el diablo adopta la forma más inesperada! Y tú ni caso, infame.
- Lo sé, lo sé... es irresistible. Llegado el momento me ciego y no respondo de mis actos. Me desahogo con ella.
- Te faltan cojones, porque tú no eres un hombre, eres un mamonazo, un desgraciado sin voluntad y un cobarde. Tomarla con ella. No te pateo la crisma porque estoy dentro de este garito sagrado, si no ya verías. ¡Canalla! ¡Bastardo! ¡Cerdo!

Afligido, se tapó la cara con las manos, avergonzado, con la respiración agitada rompió en un sollozo.

- Además eres un cantamañanas, un inútil, un bellaco.
- ¿Y también un botarate, verdad?- Añadió sonándose de nuevo con el pañuelo.

-No, un bellaco.

-¿Quizá un psicópata enfermizo?

-¡Nada de eso! Un puro y simple bellaco.

-Bueno padre, podría perdonarme. Al fin y al cabo soy un mortal pecador y debería apiadarse.

-¡Ni lo sueñes!

-Y mi arrepentimiento y la imposición de una penitencia podríamos saldar cuentas...- me insinuó.

-He dicho que no.

-La he traído conmigo...

¡Que la has traído aquí! ¡No tienes perdón, sinvergüenza!

Está aún fresca y también he traído dos vasos... Si quiere usted, en vez de tomarla con ella, la tomo con usted.

-En tal caso vamos a revisar tus pecados con calma, que no te tiemble el pulso ante la verdad y escancia que no se derrame ni una gota.

-Amén.- y descorchó con la boca.

-Padre hay una fila esperando, se le acumula el trabajo.

-Que esperen. Antes tengo que recoger esta oveja descarriada.

Capítulo 3

Cuento.3 EL DIRECTOR DE CINE

Y... ¡Acción! ¡Clack!

El hombre de la gabardina con sombrero Fedora, el gánster de la película, salió de entre las sombras del callejón sorprendiendo al paso al camarero chivato de la poli.

¡Quieto! ¿Dónde crees que vas soplón de mierda?- le dijo el gánster malo de la película.

El camarero, con los ojos desorbitados que parecían dos coágulos negros, reconoció la voz y retrocedió hasta encontrar la pared como refugio. Se escucha la detonación de un disparo. El camarero gime y se dobla llevándose las manos al vientre emanando sangre de la bolsa que llevaba debajo de la faja del esmoquin de camarero. Se retuerce y cae de rodillas al suelo.

¡Corten, corten! ¡Ridículo, por favor, esto es ridículo!- protestaba el director- Así no se muere nadie, hombre. Es la décima vez que grabamos escena. ¡Vaya forma de morirse! ¡Fuera, lo dejamos!

Así fue como empezó todo. Yo estaba desesperado. Los actores tenían una idea de morir dramática tan chapucera que no podía permitir que esos fantoches aparecieran así en mis películas. Pasé noches enteras cavilando, a los pies de la cama, o tumbado en la alfombra con los pies en alto para que me fluyera la sangre a la cabeza buscando la forma de cómo se muere uno que parezca de verdad. Estaba harto de tanto monigote en el rodaje.

Tomé la determinación de pegarme un tiro y grabarme para luego mostrarla a los actores y vieran cómo se tiene que morir uno de un disparo. Después pensé que si me mataba no podría seguir con el proyecto; lo cambié por un tiro en la pierna, pero ese no era el efecto que buscaba.

Se me ocurrió sacar algunos recortes de escenas de documentales de guerra, como hay tantas, tendría para elegir. Luego llegué a la conclusión que morir en una guerra es algo esperado. Quiero decir, que estás expuesto a que te maten y vas preparado. Si te pegan un tiro... pues no te pilla de sorpresa... y yo busco el estupor, ese gesto de la cara que dice: "joder me muero". Lo suyo es que te disparen cuando menos te lo esperas. Por ejemplo: vas a a tomar el bus por la mañana camino al trabajo con el vaso de café para llevar en una mano, el periódico bajo el brazo, pagas el billete y en ese momento el chófer del autobús cuando va a darte el tique, saca una Smith&Wesson del treinta y ocho y te da dos balazos en el pecho. Ahí si que se te queda la cara de víctima por disparo. Esa es la expresión que andaba buscando. Pero quién encuentra a un

conductor que quiera cometer un asesinato.

Decidí buscar a un indigente, esos vagabundos que duermen bajo los puentes por desahucio. No era buena idea, los pobres están deseando que se les acabe esta vida de sufrimiento. Morirían sonriendo y no me interesa. Pensé en matar a un rico, que a esos si les duele dejar el mundo de opulencia en el que viven; no caí que siempre van rodeado de matones.

Se me ocurrió acercarme al Puente de Brooklyn y esperar a un suicida; total, si se iba a matar qué mas da. Fui durante una semana, todas las tardes, como un reloj, a la hora punta de los suicidios, pero no apareció nadie.

Una tarde fría como una lápida de mármol, se me acercó un sujeto pidiéndome fuego. Esa era mi oportunidad. Cuando fui a echar mano a la Smith&Wesson, él desenfundó primero. Entonces le pasé la cámara de video y le dije: ¡Grábame!

Capítulo 4

Cuento4. ANUNCIOS POR PALABRAS

2 de marzo: BUSCO contratista para realizar reforma obras en un 4º de baño. Pago bien. Exijo calidad y seriedad. Narciso Flores. Telf. 41414141.

28 de marzo: ALQUILARÍA equipo insonorización instalar en piso contra obras próximas, justo encima. Urgente. Razón: Nemesio. La Pasión, 25 3º.

20 de junio: CONTRATARIA CATERING para fiesta gay CON camareros-as ligeros de uniforme. Máxima discreción. La Pasión, 25 4º.

22 de junio: Necesito FONTANERO URGENTE. Vivienda con goteras. Abstenerse si no hay factura. Razón: Nemesio. La Pasión, 25 3º.

28 de junio: FELICITO, amig@s por fantástico DIA DEL ORGULLO GAY. Lunch después del desfile. Narciso. La Pasión, 25 4º. Imprescindible invitación.

29 de junio: BUSCO abogado resolutivo especialista en pleitos Comunidad de Vecinos. Nemesio. Telf. 31313131.

5 de julio: Alquilaría BARBACOA GRANDE para fiesta grande en terraza. Nemesio. Telf. 31313131.

8 de julio: BUSCO pintor de interior. Paredes deteriorada humos. Narciso. Telf. 41414141.

12 de julio: Alquilaría ALTAVOCES de gran potencia y servicio Dj incluido. Solo sábados. Incluido transporte. Narciso. Telf. 41414141.

18 de julio: COMPRO escopeta en buen uso con munición. AVISO en Bar "El Lío-Liao". La Pasión, 31. Entregar de parte de Nemesio. Al contado. Contactar antes telf. 31313131.

25 de julio: DESAPARECIDA perrita Lulú, collarín brillantes, nombre grabado chapa oro: Mimí. Se recompensará . Narciso. La Pasión, 25 4º. Razón en portería.

30 de julio: Contrataría GUARDAESPALDA vigilancia en puerta vivienda. Horario tardes y noches. Imprescindible carnet. Narciso. La Pasión, 25 4º. Razón en portería.

2 de agosto: Alquilaría MARTILLO NEUMÁTICO. Nemesio. Telf. 31313131.

3 de agosto: CAMBIARÍA PISO por ÁTICO o CASA MATA pagaría diferencia. En zona tranquila con vecindario serio. Roberto. La Pasión, 25 2º.

5 de agosto: Necesito CONTRATISTA especialista en baños jacuzzi. Agujereado en piso. Narciso. Telf. 41414141.

10 de agosto: PORTERA con reputación intachable busco nueva finca. Presento buenas referencias. Razón: La Pasión, 25 bajo. Sra. Dolores.

15 de agosto: Busco persona discreta especialista en resolver situaciones críticas. Narciso. Telf. 41414141.

16 de agosto: Busco sicario para finiquitar trabajo. Nemesio. Telf. 31313131.

Capítulo 5

Capítulo 5. EL DOLOR DE MUELAS

Tenía la ventana abierta. Me gusta escuchar la lluvia caer en la calle. Estaba sentado en mi sillón orejero con las piernas estiradas y los pies sobre el alfeizar de la ventana. Desde esta postura contemplaba el espacio de oscuridad y la lluvia al contraluz de la farola de la esquina. Un agradable brisa fresca acariciaba mi dedo que asomaba por el calcetín. Me sentía la mar de cómodo. De repente, una punzada en la muela acompañada de un intenso dolor como provocado por un clavo traspasaba mi cerebro. Me retorcí y poco a poco se fue mitigando. Cogí la botella de JotaBe, di un trago y lo dejé un rato sobre el diente dolorido. Me lo tragué, era de reserva. No pasó ni diez minutos cuando el dolor hizo acto de presencia pero con mayor intensidad. Esta vez no sabía dónde meterme, andaba de acá para allá; daba patadas al sillón orejero regalo de mi madre por mi graduación; saltaba revolcándome en el sofá; me tumbé en la cama, imposible. Di otro trago al whisky. En el cuarto de baño me puse un algodón empapado en un líquido de color turquesa, tenía mal gusto; luego pensé que la limpiadora suele dejar los líquidos friegasuelos en el baño. Probé hacer el pino en el pasillo, pero como andaba borracho me daba de costaladas y el dolor era más intenso. Otro trago al reserva me ayudaba. Se me ocurrió coger unos cubitos de hielo del congelador y aplicarlo a la zona catastrófica, pero fue peor el remedio que la enfermedad. Era ya insoportable, un martirio. Daba pataletas y saltos. Escucho gritar a los vecinos: ¡Queremos dormir! Sí, pero el dolor era inhumano. Otro trago bien largo. Recordé que una vez leí en una revista del Muy Interesante que un dolor se calma con uno más fuerte. Probé dar unos cuantos cabezazos a la pared, estaba tan desesperado... Y de nuevo los vecinos: ¡Sinvergüenza!

Llevado por la angustia decidí pedir ayuda por teléfono dispuesto a llamar a cualquiera; no me importaba la hora, era un caso de urgencia. Otro trago, despaché el JotaBe y me dio por cantar. Oigo a los vecinos: ¡Avisaremos a la policía!

¡Qué os den, indendibles egoíftas! ¡Y mi dolo de buelas, qué! ¡Mamadachos! -Les dije.

En el punto álgido del paroxismo del dolor, me llegó una idea como una iluminación. Cogí un cordel bien largo y resistente, lo até un extremo al cuello de la muela y el otro a la pata del sillón orejero regalo de mamá y me arrojé por la ventana.

La intención no era suicida, sino ahogar a la muela. Así le expliqué al sargento de la comisaría del barrio que fue quien me encontró colgado del cordel en la fachada de la calle Valtorres número treinta. Perdí la muela y la pea la pasé al fresco y colgado, como se curan los salchichones.

Capítulo 6

Capítulo 6. LOS CICLISTAS

Encima de la bicicleta todos somos iguales, ya sea uno panadero o trapealista o funcionario, sean las personas de la condición que sean, en la bicicleta todos somos ciclistas. Eso decía mi abuelo, que era un hombre poco leído y muy trabajado. Siempre buscaba la ocasión para contarme historias de la Ciclopedia:

" Ese día fue una larga jornada de ciclismo. Con tantas horas de pedales y sillín, agobiados por el calor, lo primero que hicieron nada más entrar al pueblo fue acercarse a la tasca de Juan 'El Carapapa'.

Después de hablar de las impresiones y anécdotas de la jornada, con la segunda ronda se pusieron a hablar de cómo se podría mejorar la economía del país.

-Y si se estableciera como antes, unas cartillas de racionamiento -propuso Asenjo, que era militar retirado-. Ya dio resultado una vez.

-Bueno, sería una solución, pero te imaginas que pensarían nuestros vecinos los europeos: De vuelta a la época del hambre. -dijo el mecánico- ¿Cómo íbamos a justificar que el país va sobre ruedas?

-También se podrían sustituir, por ejemplo, las sucursales bancarias por las tiendas de comestibles. -Se le ocurrió al tendero.

-No es mala idea, un tendero conoce a todos los vecinos del barrio y sabe de sus necesidades, pero, una tienda con suelos de mármol y vidriera de escaparate, con sillones de ruedas... ¿De dónde lo vas a sacar Deme, con la tienda tan cochambrosa que tienes?

-Porque no me dan un préstamo los muy cabritos, que si no iban a ver lo que es una entidad financiera popular. Pues se podría poner en las iglesias. Que los curas también saben de los sufrimientos de su parroquia. Ayudaría a llenar la iglesia los domingos.

-¡Con la iglesia hemos topao! ¿Y los que sean ateos, qué? No me parece una buena idea.

Dieron un buen trago al tinto y se quedaron pensando.

-Ya está -se emocionó el mecánico-. Los préstamos, en vez de dinero, en especie; los reparte el farmacéutico, que es hombre de ciencia y conoce los males. Que vinieran con una receta médica: "Este hombre necesita curarse su depresión suicida con una quita de su hipoteca, firmado el médico".

-No me gusta -determinó el militar retirado- El boticas estuvo en política y ya lo pillaron en un asunto raro... Yo preferiría el préstamo mordaz.

-¿Y qué es eso?

-Pues muy simple. El solicitante expone su caso y el prestador se mea de risa. Si se va a la primera de cambio muerto de vergüenza es que no merecía la pena, pero si insiste en su petición y le da dos hostias, es que tiene fundamento.

-¡Pfff! Menudo rollo -comentaba el tendero- Asenjo, tú como siempre, por

la tremenda.

Entonces quedaron en silencio un buen rato, todo parecía indicar que las ideas propuestas eran un fracaso.

-A mí se me ocurre algo -dijo el mecánico indeciso-, pero no sé si debo...

-¡Venga, dilo sin miedo! Quizás haya alguna solución... Tengamos esperanza, es lo último que se pierde.

-Que nos tomemos otra ronda.

La propuesta fue aceptada por unanimidad. El cantinero llenó los vasos a rebosar mojando el dedo por el vino derramado pasándolo luego por detrás de su oreja.

-Todo tiene solución señores, menos la muerte. -Sentenció El Carapapa."

Siempre me he preguntado de dónde sacaría mi abuelo esas historias.

Capítulo 7

Capítulo 7. EL ACCIDENTE

Si viajas por la carretera del norte cuando el aire frío de la madrugada es el dueño y señor de estos caminos, encontrarás una curva imprevista oculta por un bosque con arboleda atrevida asomándose al asfalto. Justo en el lado opuesto hay una pared acantilada de la que se descuelga una cola blanca de caballo, de espuma blanca y nebulosa iridiscente tan bella que te olvidas que vas conduciendo. Allí estará, seguramente, junto al arcén, si el tiempo y la memoria no se deshicieron de ella, una corona de flores.

Yo era joven, me gustaba la libertad sobre dos ruedas, de pequeño participaba en carreras en los pueblos cercanos y como de eso no iba a vivir, según me pronosticaban, me dediqué al mantenimiento de autovías, por estar lo más próximo a la carretera. Colocaba los conos delimitando carriles, facilitando espacios de viajeros que suben o bajan veloces con destinos desconocidos. Me volví a la furgona, recogí un cono y al volverme un coche me llevo como alma que se lleva al diablo. Como un águila venida del cielo clavó sus garras en mi alma y el último suspiro quedó suspendido en el gélido, espeso y fatídico lugar. Ahora tengo que empezar de cero. Del accidente no me acuerdo de nada. Sí recuerdo que tengo que reanudar mis tareas cotidianas: Tomar café por las mañanas con Silvia, que me espera en la esquina del Café di Rossi bajo su paraguas azul, con una sonrisa y una invitación "Hoy pago yo". Y le llevó los libros hasta la parada del bus, mientras ella me cuenta sus cosas de la facultad. Los dos bajo el paraguas azul. Nos despedimos con un beso de capuchino con nata y quedamos. Ya me falta poco para dar la entrada a la torre de techos de pizarra con vistas al valle. La encontramos anunciada en el escaparate de la inmobiliaria de su padre y yo nunca quería pisar la oficina. Cada mes la Sra. Rosario, mi madre, repone la corona como aviso a caminantes y me cuenta cómo van las cosas por el pueblo, de los estudios de Juanillo, la recuperación de padre y de Mirto, mi perro, que todas las tardes se sienta junto a la puerta de casa mirando la calle del puente esperándome. Siento no tener la bici arreglada, le prometí a Silvia una excursión con merienda a la cola de caballo, cuando aclarase el tiempo. Me pongo en ello.

Capítulo 8

Capítulo 8. EL IMPUESTO

Siempre que entro en un organismo de la administración noto una extraña sensación de recelo. Es una especie de alarma que se activa conforme paso por la puerta ante las miradas de subalternos y personal vario. Me siento extraño, indefenso, como un turista provinciano que se pasea por la plaza mayor al acecho de miradas de carteristas y mangantes. Esta desconfianza la atribuyo, quizá a las veces que mi padre renegaba y maldecía cada vez que visitaba el ayuntamiento. Tanto impreso, tanto sello y firma eran un fraude, una patraña para sacar los cuartos a la gente. No te fíes de los politicastos ni de esos funcionarios truhanes, me advertía. Con tales consejos, cada vez que tenía que resolver una gestión administrativa entraba con la mano en el bolsillo vigilando la cartera.

Atravesé el hall evitando miradas escrutadoras. Pasé por los pasillos sin ningún percance, me detuve buscando en el panel organigrama el despacho tributario indicado en la carta de pago, cuando dos señores con pinta sospechosa se me acercaron.

¿Podemos ayudarle? -Preguntó el más sospechoso. Digo el más sospechoso porque observé que, a la vez que preguntaba, se frotaba las manos. Y yo estas maneras las cazo al vuelo.

¿Ustedes no serán timadores, no? -Les pregunté.

¡Pero qué dice usted! ¡Por favor! Tranquilícese, nosotros somos agentes de ayuda de gestión ciudadana.

Al oír la palabra agente me calmé y mi desconfianza desapareció.

Perdonen mi recelo, pero hay tanto rufián suelto... Es que vengo con el dinero para el pago del impuesto de bienes inmuebles... y no me atrevo a dejarlo en cualquier ventanilla.

¡Tiene usted toda la razón! No es conveniente depositar una importante cantidad de dinero en cualquier sitio, aunque sea en una ventanilla municipal. ¿Quién sabe puede estar detrás? Por eso nos han designado como agentes, para ayudar a los ciudadanos en su gestiones. A más de un timador hemos atrapado por estos pasillos. ¿Porqué no nos deja en depósito el dinero? Nosotros le rellenamos el impreso, usted firma el recibí y se evita las molestias. Es lo más seguro.

Me pareció lo más acertado. Les entregué el sobre con todo el dinero, recibí un reguardo amarillo firmado con un sello morado. Tengo que

reconocer que la atención recibida fue exquisita.

Lo que le ocurrió a mi padre... eso eran tiempos de hambre y rapiña.

Capítulo 9

Capítulo9. LAS GALLETAS DE LA SUERTE

Hoy es día de paga. Abro el sobre y me encuentro trescientos pavos y una bolsita con una galleta de la suerte. Después de un mes de trabajo de siete horas diarias trabajando sábados y domingos, no está nada mal. El alquiler del pisito son doscientos y aún dispongo de cien para apañarme.

A mis padres no les digo lo que gano; después de pagarme la carrera de arquitectura, si yo les cuento en el cuchitril chino en el que trabajo... Menudo disgusto. Pero estoy aprendiendo mucho inglés. Bueno, un inglés cantón pero en definitiva, es inglés. Mi amo se llama Chingan Do, que quiere decir... bueno, es de difícil traducción. El cocinero, que es de Fuijan me dijo que venía a significar: "Jodiendo". Me quedé sorprendido cómo un nombre tan sonoro pudiera tener esa traducción; pero bueno, eso no me preocupaba porque yo lo llamo siempre por su nombre nativo.

La verdad que es jodidamente avaro. Con la pasta que gana en el restaurante y el cuento de las galletas de la suerte, ya nos podría dar una subida de sueldo. Por cierto, no he abierto la galleta de la suerte de este mes. La parto y saco la tira de papel. A ver que dice:

"PEPE: TE MERECE SER FELIZ. ACÉPTALO Y ABRAZA SIN MIEDO ESTA NUEVA ETAPA DE LA VIDA".

Me parece que se ha equivocado el jodido Chingan Do, esta es la de Pepe, el de la limpieza. Un momento, voy a leerla con detenimiento, porque estas cosas tienen su trasfondo, bien pudiera aplicarse a mi vida.

Está claro. Yo merezco ser feliz. Tanto trabajo y esfuerzo han de tener su recompensa. Estoy pendiente de una entrevista en un gabinete importante de arquitectos. ¡Mira por dónde, aquí tengo la otra, la del mes pasado! Dice: "EL SOL BRILLA PARA TODOS".

-¡Jeje! Pues a mí, de momento, me está dando la sombra. Y nada menos que aquí, en London.

Lo que no soporto es esa cara de miserable, y ese cuerpo rechoncho, redondo como una peonza, siempre va con la misma chaqueta desgastada por los codos que parece no tener donde caerse muerto... Y ya lo creo que tiene donde caerse... Menudos colchones repletos de reales de vellón atesorará. Hasta verdugones tiene que tener en la espalda al dormir sobre tanto dinero.

Le hemos pedido por activa y por pasiva subidas de sueldos, que el negocio es próspero, que está lleno a rebosar de clientes. Y el éxito, en

parte, me lo debe a mí, que soy el que redacto las tiras de profecía y auguro buenos presagios. Si se preocupara de sus empleados como lo hace con el dinero que entra en su negocio, ya la cosa cambiaría. Todas las noches pillo a Chingan Do con la cajera recontando los billetes. Hasta tres veces, por lo menos.

Ahora, que le estoy preparando una buena... Voy a cambiar todas las tiras de papel, ya lo he arreglado con el cocinero. Se acabaron las frases felices y optimistas. Serán del estilo:

"MENUUDA MIERDA TE ESPERA DE VIDA AL VENIR A COMER AQUÍ" o "SI TE CAES SIETE VECES, PREPÁRATE QUE CAERÁS OTRAS SIETE MÁS" o esta sí que es buena: "UN VIEJO CONOCIDO VOLVERÁ A JODERTE LA VIDA. DISFRUTA DE LA CENA", la indigestión que le tiene que dar... o esta sería el remate: "SI SUPIERAS QUE NO ES CERDO AGRIDULCE LO QUE PEDISTE...".

Capítulo 10

Capítulo 10. Microcuento

Se moría de risa el muerto al ver a tanto vivo llorando por morirse. Serán envidiosos, decía.

Capítulo 11

Capítulo 11. EL FIN DE SEMANA DEL POETA

Me encanta vivir la vida. Soy un amante de la naturaleza, por eso soy poeta. Cada vez que puedo cojo lo preciso y me voy a la casa del campo que me dejó la abuela. Allí tengo tiempo para relajarme y elevar mi espíritu. Pero lo más importante es poner en orden mis pensamientos. Últimamente confundo las cosas y pierdo la concentración de lo que hago.

La casita está a veinte minutos de la estación de Brundel, en pleno campo. Al bajar del tren siempre hago un recorrido mental, como vengo de tarde en tarde, de una vez para otra no recuerdo el camino: "Desde la pista que queda detrás de la plaza se llega a un pequeño pozo ya abandonado y se continúa el sendero de la izquierda; espera creo que el de la derecha... Siempre que llego a este punto no recuerdo... La última vez puse una marca en la base del pozo indicando la dirección a seguir". Llegado aquí, me toca volver hasta la panadería y con la excusa de comprar unos panecillos rellenos de chorizo, pregunto por la salud de Leonardo a la panadera.

-¡Arturo, es que no sabes que soy viuda desde hace años! -Me dice condescendiente- Sé lo que me vas a preguntar. Cuando llegues al pozo, a la izquierda. Y en el árbol centenario, rodeas la parcela y tomas el sendero del huerto del Tío Benito, pasas el arroyo y ya todo seguido...

-Gracias Rosa y perdona... es que tardo tanto en venir por aquí que me lío.

La casita está donde siempre, junto al embalse, delante de los álamos. Con las tejas rojas y la fachada verde cubierta de hiedra.

He trabajado todo el fin de semana en el jardín. Está que parece un espectáculo: Los gladiolos los tengo dispuestos en la arena y los crisantemos frente a los dientes de león de la entrada. Los geranios los he colocado a la cabeza delante de la formación de una cohorte de lavandas y las alcachofas las puse a cocer con un poquito de pan rallado y un ajo troceado. Las campanillas las tengo colgantes, en el porche; y cuando llega la Brisa, suenan. La invito a un tisana de jengibre, menta y unas rodajas de limón.

Las verbenas las tengo para el sábado por la noche. Dejan un aroma a especias que invitan a ir de fiesta con esos colores blanquimalvas. Me arreglo: antes de salir me miro al espejo. No me fío. Unas veces me voy en zapatillas y otras no me he quitado el pantalón de jardinero. No hace

falta que me afeite y el peine apenas lo uso. Hago un pequeño ramillete de primulas con un botón de oro en el ojal. Antes, he puesto un mantillo a las adormideras, acompañadas de manzanilla par que tengan un buen sueño antes del invierno. Y a las camelias les he cambiado el sitio, no me gustan que flirteen con los narcisos. Son unas embaucadoras y algunos perdemos la cabeza por ellas.

¡Ay, Ana!

Espero el tren de las siete de la tarde. Ahora me vuelvo a la ciudad. He sacado las flores a pasear y he regado a los perros. Creo que llevo el billete de avión de vuelta.

Capítulo 12

Capítulo 12. COINCIDENCIAS

Si hablamos del destino no soy muy crédulo. Que todo cuanto hagamos en la vida esté escrito en alguna parte, me sobrecoge. Considerar las casualidades como si estuvieran pronosticadas sería algo insustancial, una frivolidad. Pero la vida está llena de acontecimiento diarios que damos por hecho que son así: Coincidencias.

Yo trabajo en una compañía de seguros, llevo el peritaje de los accidentes de coches. El lunes me dirigía al trabajo con el paraguas en mano, había pronóstico de chubascos, y en el cruce de peatones de la quince con la veintisiete me encuentro con una persona, que se parece a mi amigo Braulio, y le saludo.

"Braulio mi amigo de leche. Que yo recuerde, nos conocimos en el jardín de infancia tirándonos de los pelos por el muñeco de peluche que a los dos nos gustaba. Por supuesto él era más dominante que yo. Tomaba dos biberones cuando yo estaba con la mitad del primero. Con ese apetito no es de extrañar que Braulio creciera el doble y en el instituto fuera un consumado deportista. Mientras tanto, yo resolvía mis problemas de Biología y mejoraba en Física y Química con Raquel. Pero Braulio era tan competitivo y popular que la engatusó en un baile de fin de curso y fueron felices en la universidad. Él terminó empresariales y ella se ocupó de su primer embarazo. Se casaron, se enfadaron, volvieron a juntarse, tuvieron el segundo, y por un lío de faldas, con una tal Lola compañera de facultad, se acabó. Raquel y Braulio se separaron."

Yo iba con prisas, tenía que entregar a primera hora unos informes sobre un proyecto, cruzo el paso de peatones de la veintisiete con la quince, alguien me saluda con el paraguas y confundido, pensando que era Carlos, le devuelvo el saludo.

"Carlos fue mi vecino. Cuando llegaron al vecindario los primeros en visitarles fuimos nosotros. Su mujer Lola era adorable. Hicimos amistad y los miércoles día de partido quedábamos una semana en cada casa. En la mía: birras con alitas de pollo a la barbacoa y la bufanda del Atleti. En la suya: birras con pizza especialidad de la casa y palomitas, con la bufanda merengue; eso él. Y durante noventa minutos nos dejábamos la garganta delante de la tele. Y ellas: Lola, mi señora y Mona, la pareja de Braulio, los vecinos del adosado de la izquierda, a las cartas. Lola trabajaba en la misma oficina inmobiliaria que Braulio y visitaban pisos para tasar. Parece ser que algunos de los pisos visitados tenían amueblado el dormitorio.

Carlos se marchó del barrio y no he vuelto a saber cómo le va la vida."

A veces me da por pensar que todo cuanto nos rodea está impregnado de cierta sincronía. Como las órbitas de los planetas en el firmamento infinito.

Se me pone la piel de gallina.

Capítulo 13

Capítulo 13. EL HALLOWEEN DEL ALCALDE

Cuando el alcalde se levantó del sillón se dirigió a la cocina para prepararse un vaso de sales; tenía el estómago revuelto. La película de zombis ya había acabado. Al parecer, las escenas de comecerebros exterminadores de la sociedad y las ostras con morcilla de arroz de Burgos, hicieron su trabajo. Sonó el timbre de la puerta principal. " Qué tarde, ya son las doce", pensó. El largometraje le había dejado mal cuerpo. El alcalde es una persona muy impresionable y las escenas de terror, aparte de crearle flatulencias nocturnas, le generaba pensamientos tortuosos. El timbre de la puerta volvió a sonar. "Voy a ver quién llama a estas horas", pensó mientras tragaba el digestivo; y se anudó la bata cubriendo su oronda tripa. Al abrir la puerta vio una capa negra, en la que se suponía iba alguien dentro.

-¡Qué demonios!-dijo el alcalde impresionado.- ¿ Qué viene usted a hacer a estas horas? Me ha dado un susto de muerte.

-Soy la muerte -dijo la muerte -Y vengo a llevármelo.

-Debí imaginármelo -dijo el alcalde -Siempre que veo una de terror viene alguien llamando a la puerta para darme un susto de muerte o quiera asesinarme. Seguro que te manda mi cuñado.

Lo dijo con tal naturalidad que, después de tantas visitas, ya no le pillaba de sorpresa, pero como era tan impresionable, de primera el susto se lo llevaba.

-¿Está usted preparado? -Le preguntó la muerte sin moverse de la puerta de la entrada principal, sin dejar de asomar la cara por la capucha.

-Tendrá que esperar-le dijo el alcalde -Lo siento, antes tengo que ir al baño: una indisposición. La última muerte que vino a llevarme me presionó tanto que tuve que marchar sin haber gaseado lo suficiente. A mitad de camino me soltó, claro.

Desde el baño gritaba: -Se imagina que me vaya a morir con esta pinta. Qué pensarían los órganos de mi gobierno; y mi familia, qué pensaría si saliera a la calle con estas trazas. Sería una indecencia.

El hombre público salió del baño remetiéndose los faldones de la camisa.

-¿Se puede saber quién me manda morir? -preguntó con cierta intriga interrumpiendo una melodía de misa de réquiem en re menor que

entonaba el encapuchado a sotto voce.

-Lo manda la autoridad superior: tu hado.

El alcalde empezó a hablar de su pleno de mañana, de lo malas que hacen ahora las películas de miedo, de los terrenos a urbanizar y reconvertir los no urbanizables. El caballero encapuchado, que estaba serio e impertérrito, digno y conveniente, le interrumpió en seco:

-Perdone, alcalde. Estamos perdiendo el tiempo y todavía tengo algunos encargos que liquidar en lo que queda de noche.

-Está bien, no le haré perder más tiempo.

Pero luego, mientras se colocaba la chaqueta y la ajustaba, con unos pequeños tirones de las alas, al pecho, preguntó:

-¿Trajo usted una orden judicial? Y que yo recuerde, no creo haber escuchado cuáles son mis derechos.

La muerte pareció indignada, no mostró su rostro, pero se notaba cierta tensión en la capa con capucha. Y agregó que la superioridad que lo enviaba no necesitaba de esas diligencias.

-Pues yo de aquí no me muevo si no está presente mi abogado. -dijo tajante el alcalde.

La muerte se agitaba cada vez más y resopló:

-¡Está bien que venga el abogado del diablo! -Y diciendo estas palabras se guardó lo que parecía una hoja plateada con un filo que cortaba la respiración. Si no fuera por lo impertérrita que es la muerte, ya hubiera rodado una cabeza.

Resignado el alcalde, pensó: "Si me puedo escapar del infierno y voy aunque sea al paraíso..., no estaría mal, allí tengo algunas cuentas."

Capítulo 14

Capítulo 14. RECUERDOS

Hace que fuimos niños, aunque nos parezca mentira, y ahora veo saltar a esos dos pilletes en los charcos del patio salpicando risas y gritos que parece un tiempo tan lejano... Cuando era niño pensaba que siempre éramos niños y los mayores siempre mayores. Todos los días nos vestíamos de pantalón corto y los padres, de chaqueta gris los domingos; y las abuelas con pañuelos en la cabeza y zapatillas de paño.

-¿Te acuerdas Manuel, cuando llegaba el latero con el hornillo en una mano y el cajón de herramientas colgado al hombro? Entraba en la calle anunciándose: ¡Yelllateeeero arregla baño por celaaaaaana! Su voz despertaba las despensas y alacenas. Y del suelo nos levantábamos a toda prisa recogiendo los gusanos de seda en la caja de moreras. Corríamos detrás, siguiéndole, imitando sus andares y cantando:

"A la la-ta al latero

A la hija del choco-latero

A la li-ma al li-món

Que co-ge la la-ta

Y hace agujero.

Y el hombre de hojalata se giraba agachado espantando a la chiquillería. Alguna madre salía a la puerta con un cazo o una cacerola ; o un jarrillo de la leche o un cubo de zinc con un agujero a reparar. Allí que sacaba el banquillo de madera de Pulgarcito, avivaba el rescoldo del hornillo y con el soldador al rojo, encendía la colilla que colgaba de una boca sin dientes; luego arrimaba el alambre y hacía llorar lágrimas de estaño derramando por el suelo perlas de plata. Todos las codiciábamos como si fueran joyas de un tesoro. Y el latero levantaba el cazo a contraluz buscando un rayo de luz acaso escapado por un agujero furtivo. Un vaso de agua y dos perras por el apaño, levantaba el taller y con la musiquilla a otra parte.

-Y por la tarde corrías en busca de Rosa, que saltaba a la comba con la tonta de la Tere, te acercabas junto a ella, le cogías la mano y le dejabas

un beso repentino y un regalo de lágrimas de plata .

Si que me acuerdo, Manuel. Me acuerdo.

Capítulo 15

Capítulo 15. LOS NÁUFRAGOS

Estábamos perdidos en mitad del mar, pero con los pies en tierra firme. Lo sé porque había agua por todas partes.

La idea de viajar alrededor del mundo nos sedujo desde siempre. Sería toda una odisea. Pusimos el piso en venta, también el negocio de la floristería. Ahorramos lo suficiente para comprar un fantástico velero y echarnos a la mar. Hasta que nos encontramos de sopetón con la borrasca.

Supuse que dimos con nuestros cuerpos en una isla: la arena era blanca, el mar turquesa y una palmera en medio. El calor en esta parte del mundo parecía calentar más que en cualquier otro lugar, pero ninguno de los dos pensó en coger la bolsa de aseo con la crema anti solar antes de zozobrar en los bajíos. Ahora bajo la sombra, apoyadas nuestras espaldas contra la única palmera cocotera, nos salvaba de un sol abrasador y a la vez delimitaba nuestro espacio interpersonal.

Sería la hora de la siesta, y digo sería esa hora, porque el pavisoso sopor de aire húmedo y la derrengada postura sobre la ardiente arena, nos tenía sumido en un duermevela, cuando un golpe seco y grave nos despertó del letargo.

- ¡Qué ha sido eso! -dije alarmado.

- ¡Es un coco! -dijo él sorprendido, como si de una palmera cocotera pudiera caer otra cosa que no fuera un coco.

- ¿Y qué esperabas, un manojito de brevas? No sé si te has fijado que esto es una palmera. -le reprendí.

-Sí, sé que es una palmera y también sé que el coco ha caído en mi lado de la isla. -Me lanzó una advertencia.

La única palmera cocotera que crecía en esa isla tenía cierta inclinación natural hacia poniente; lugar favorable para él, ya que cualquier caída de su fruto le beneficiaba.

-Espero que compartas ese coco conmigo, tu único compañero y ser humano con el que puedes hablar en este maldito islote.

-Pues no supongas tanto. Tú y tu tratado de Tordesillas: "De aquí para allá será de mi propiedad..." No sé si te acuerdas. Pues eso es lo que hay.

-¡Maldita sea! -Enfadado, ya fuera de mí, propiné tal patada a la palmera que cayó otro coco, pero por ley física fue a caer en territorio de poniente;

o sea, de él.

- ¡Otro! ¡Ahora podemos repartir! -indiqué.

-De eso ni hablar, los tratados son los tratados. Ha caído en mis tierras, pues es mío. -Aseveró.

- ¡Imposible! Eso no puede ser. La ciencia estadística lo dice bien claro: "Si en una isla hay dos naufragos y dos cocos, cada uno se come uno".

-Perdona, pero antes que las leyes físicas están las leyes políticas. -Me refutó el argumento gesticulando como un picapleitos

-Déjate de historias. Así que compartes o... -dije amenazante

- ¿O qué? ¿Me vas a demandar?

- ¡Pues sí, voy a demandarte! -ultimé tajante.

- ¡¿Y se puede saber ante quién vas a presentar tu estúpida demanda?!

Entonces comprendí que no había nada de nada en la isla. La justicia social brillaba por su ausencia, el altruismo era imperceptible, y del civismo propio de la sociedad occidental para qué contar. Todo un bagaje de historia y cultura se me fue por el retrete. Tampoco había vecinos para afearle su conducta y hacerle un vacío social. Tuve que resignarme y aceptar nuestro destino: él se hizo vegetariano y yo antropófago.

Capítulo 16

Capítulo 16. LA CARTA

Un rayo de luz de luna entra por la aspillera del muro de sacos terreros iluminando un pequeño círculo, como el cañón de luz que ilumina a una bailarina en el escenario, a una hoja ajada, amarillenta; impresa con una tinta marchita, casi velada de tantas lecturas. Ulula el viento gélido por encima de las trincheras. Una mano temblorosa sostiene de entre las sombras una carta que débilmente se sustenta sobre sus pliegues. Tras un fondo de barro y sangre se adivinan los trazos de una caligrafía femenina.

"Querido Andrés, cuando recibas esta carta, ya estarás en África. Quizá te la entreguen en el frente o tal vez cuando estés antes de partir. Perdóname por no despedirme de ti en el embarque. Estuve allí, detrás de los hangares, pero no fui capaz de acercarme y darte el último adiós. Quise guardar la imagen de tu cara, de tus besos cálidos y tus caricias. No pude soportar esos abrazos sacrificados de las otras mujeres en el puerto, esos besos de amor desarraigados. Se me rompía el alma Andrés. Vi que me buscabas entre la multitud, que volvías el rostro como si te llamara. Sé que oías mis gritos desesperados desde lo más hondo de mi corazón. Me moría de la pena. Y tú buscándome."

El cabo, casi arrastrado por la trinchera pasa revista y suministra munición a cada uno. Pregunta por el ánimo y da una palmada de valor en la espalda. El anuncio de un próximo ataque era inminente. La ropa mojada por la humedad, el barro y congelada por el frío aire del norte, anquilosan las piernas con un penetrante dolor en las articulaciones de la postura forzada e inerte.

"No sufras por nosotros. Yo cuidaré de ella, le mostraré la foto del parque, aquella que nos hizo tu amigo Mario por el paseo de los enamorados, ¿te acuerdas?, con los arcos repletos de buganvillas rojas y blancas; y le diré cuánto la quieres; que vendrás pronto a verla, a su niña querida. Pasaré todo el tiempo en casa de mi madre, cuando dé a luz llevaré la niña a casa de tus padres para que conozcan a su nieta. Espero que tu hija les haga olvidar su orgullo y nos reciba. Si no es por mí, que sea por ella. Te enviaré en una próxima carta la foto de tu tesoro."

El cielo se ilumina con bengalas y en el campo se contemplan los cuerpos caídos sobre las alambradas. Los hombres se arriman sobre el paramento dispuestos a saltar a la orden de ataque. Suenan disparos, explosiones y tableteos de ametralladoras. Un silbato desata el pavor en la noche y una carta se pliega con un beso junto al corazón.

Capítulo 17

Capítulo 17. EL RETRASO

Llego tarde. A todos lados siempre llego tarde. No sé como me las arreglo pero por un motivo o por otro siempre me retraso. Salgo con el sandwich de queso y jamón york en la boca y media taza de café abandonada sobre la encimera de la cocina. Cierro la puerta de casa con un golpe de cozo, iba con la chaqueta metida en un solo brazo, la bufanda colgando del maletín y el móvil sonando. Miro la pantalla: llamada de Luisa. Estoy a punto de perder el bus de las ocho y quince. Le cuelgo. Al girar la esquina observo que López viene detrás jadeando con media lengua a la derecha y moviendo el rabo como un limpiaparabrisas. Sorprendido, lo cojo del collar y lo llevo en contra de su voluntad hasta la casa. Abro la puerta para dejar al perro y me encuentro en la entrada a Susan plantada delante, la pobre, con el disfraz de princesa Frozen y la mochila Barbi, con cara de asombro, como diciendo: "Mi papá se va y no me lleva al cole". La tomo en brazos, le limpio los churretes del chocolate. López se entrecruza, le echo el hueso favorito en la terraza y a toda prisa cierro la puerta. La parada se queda sola. El bus nos llevaba una ventaja de cien metros. Nos sentamos bajo la marquesina. Mi princesa Frozen me mira.

-Otra vez se nos fue -me dice resignada.

- No pasa nada. Ahora llega otro que nos llevará volando al cole. - Le digo.

-Papi

-¿Sí?

-Me lo he pasado muy bien este fin de semana contigo. Te quiero mucho.

-¿Te gustó la cena bajo la cama con las lucecitas que se encendían y apagaban? No le digas a mami que comimos pizzas, no le gusta que comas esa clase de comidas.

-No papi, es un secreto, ¿verdad?

-¿Qué tal se porta el novio de mamá? ¿Es bueno?

- Sí, papi. Pero tú eres más divertido.

Bajo la marquesina, sentados en los asientos fríos, recompongo a Susan: le ajusto el abrigo y la bufanda. Está la mañana helada y al hablar salen

las palabras humeantes.

- Mira cómo sale humo de mi boca- Me dice con su naricilla roja.

- ¡Uy! Si pareces una cafetera- Le digo. Y me sonrío.

-Sí, como la de mami.

Recuerdo la llamada perdida, saco el móvil, marco, espero tono de llamada.

-¿Dónde estás? ¿Has dejado a Susan en el colegio? Seguro que llegas con retraso.

-Qué no mujer, que estamos llegando. No te apures todo está controlado.

-Acabo de dejar a Ernesto en la oficina y voy de camino. Os espero a la entrada.

Llega el bus y subimos. Las nubes comienzan a cubrir el cielo, solo unos claros azules en la lejanía se mantienen. Arranca y en un instante la parada queda solitaria y huérfana en el barrio. María la vecina, en bata, recoge en una bolsa la caca de su Lulú. Aparece una fina lluvia que salpica las ventanas del bus en cientos de lágrimas gemelas. Susan mira el cielo y sigue con el dedo la caída de las gotas. Yo elijo una y ella otra, le seguimos el rastro esperando que se encuentren o que cada una siga su propio destino. Ella me besa en la mano y yo en su linda cabeza rubia con diadema de princesa.

-¿Sabes que papi te quiere mucho, verdad? ¿Y también sabes que papi está siempre a tu lado?

Me mira y sonrío feliz respondiéndome con un gesto afirmativo. Ya estamos llegando. Luisa está esperando en la entrada bajo el paraguas. Cruzamos la calle en una carrerilla saltando los charcos y riéndonos. Susan corre hasta su madre, la abraza y besa.

-He olvidado el móvil dentro del bus. -Pongo como pretexto para evitar el sermón. -¡Lo siento, llego tarde, ya hablamos!

Luisa me mira: "No tienes arreglo". Mando un beso con la mano a mi princesa sobre una mariposa mensajera bajo una fina lluvia y el taxi que no esperaba me lleva...

No sé a dónde.

Capítulo 18

Capítulo.18 LAS COSAS DE LA VIDA

Antes era estudiante de Filosofía, crítico y observador. No se me escapaba una; pero cuando leí por internet que el pensamiento filosófico era especialmente especulativo, poco práctico; perdí el interés poco a poco, como los intereses de las cuentas bancarias. Intuí que siempre estaría en las listas del desempleo y, para evitarlo, me hice guardia jurado. Enseguida encontré trabajo.

El primer destino fue en unos almacenes. Por allí pasaban mercancías y pocas personas. Era un trabajo tranquilo, no había que estar muy alerta lo que me produjo con el tiempo una rutina empalagosa. Cuando descubrí que la correa del cinturón se quedaba sin agujeros pedí un cambio de puesto laboral. Después pasé a unos grandes almacenes. Aquí la vigilancia era máxima y por mis condiciones de crítico y observador siempre pillaba a alguien con las manos en la masa. En una ocasión atrapé a un señor que a la entrada pesaba, a ojo, unos 65 kilos y a la salida, el mismo señor con la misma vestimenta, aparentaba 120 kilos. La verdad que estuve preciso. En el mismo mes capturé a un burka con una señora debajo. No me cuadraba una túnica con cuatro ruedas y dos piernas. Los jefes me felicitaron y estuve en el cuadro de la empresa como el empleado del mes.

Desde que empezó la crisis la gente no disimula; llega a los estantes se llenan el carro y salen por la puerta sin pasar por caja, como si nada. Las alarmas de seguridad saltan que te saltan en todas las puertas y yo de carrera en carrera. Os podéis imaginar quien pilló al alcalde de Marinaleda, El Gordillo, con los carros repletos. Me tenían entretenido pasándome una encuesta de una presunta compañía de móviles, pero como soy muy concentrado, no perdía de vista al público. Además, el cinturón había recuperado agujeros. Cuando lo detuve me increpó moralmente:

- ¡No se da usted cuenta que estamos expropiando a los expropiadores! ¡Esto es una necesidad! - Me increpaba.

No fueron argumentos que me dejaran sin principios para actuar. Recordé lo que decía Kant de cuando yo era especulativo y poco práctico, y le contesté: "Las acciones que coinciden con el deber porque están motivadas por el propio deber son las correctas."

El expropiador se quedó mirándome de arriba abajo con los ojos que se le iban de la cara. Extrañado. Pensando: cómo de un uniforme de vigilante

podieran salir esas palabras tan eruditas. Me lo imagino.

Pasado unos días recordé aquella máxima: "La riqueza es buena si es usada para el bienestar de la humanidad". Estos pensamientos circulares me dejaron un regomeyo en el cuerpo que hasta me salieron ojeras. La fotografía que tenía de Kant en el baño le di la vuelta. Pedí la baja por deterioro de mi moralidad y perturbación de valores universales. No me la dio el médico, así que tuve que pedirle una depresión de segunda mano; de esas de andar por casa.

Llevo unos días más estable. No tengo ensimismamientos, ni me quedo mirando el fondo del vaso con las pastillas de colorines que me recetó don Eusebio. Desde el porche de casa me gusta sentarme y contemplar la vida. La vida empezó a animarme.

Una tarde, cuando aún las estrellas del día no se habían convertido en estrellas de noche, ví correr a la vecina Elvira calle arriba muy acelerada con una bandeja de pasteles; como soy tan observador no me pasó por alto. Bueno, lo vi algo normal. Al cabo de una hora volvía la vecina calle abajo con el mismo acelero y la cara más descompuesta. Esto ya me resultó extraño.

No pasaron ni veinte minutos cuando volví a verla, con un papel en la mano ensangrentada, y ya no pude aguantarme más. Salí corriendo y me interpose preguntándole con diplomacia:

-Disculpa vecina, pero vengo un rato observándola y no lo entiendo: ¿porqué va usted tan descompuesta, si se supone que ha dejado un presente a alguien?

-¿Yo, descompuesta? Usted tiene visiones.

-Pero si parecía que le perseguía el mismísimo demonio.

-No sabe usted vecino lo que dice. ¡Y todo por culpa de ese maldito perro!

- Sí, claro, ¿piensa que no tengo ojos en la cara? ¡¿Qué perro?! Soy un vecino del pueblo y tengo derecho a saber lo que ocurre en la vida pública municipal.

- El del Sebastián, el carnicero. Cada vez que pasa mi marido borracho por su puerta le muerde en la pierna y, como anda ebrio un día sí y otro no, al final se lo ha cargado. Y el Sebastián dice que nadie le mata su perro sin pagarlo con la vida. Ha jurado que va a buscar a mi Tomás y le va a quitar la vida de un disparo en el alma. Le he llevado unos pasteles para calmar los ánimos y una carta, redactada por mí, en la que se retracta del perricidio. Me ha costado dios y ayuda que la firmara. Hasta le

he dicho que me cortaba las venas si no lo hacía. Él también tiene su soberbia. Se ha sentado en la puerta de casa con la escopeta cargada esperando al Sebastián.

-Bueno, si el disparo es en el alma, algo etéreo, insustancial, no corre peligro. Tal vez sea una metáfora agresiva que se diluya en el disipar del tiempo.

-Pero... ¡qué memeces me dice!-La vecina se largó con un aspavientos de mano, ninguneándome.

Al momento veo venir al Sebastián, descamisado, con la recortada de dos cañones y con su mujer reteniéndole por la cintura. Venía con la mirada fija y ceñudo con cara de pocos amigos. El rumbo que llevaba era la casa de Tomás y yo me encontraba interceptando el camino. No cambió la dirección, ni yo me aparté porque intuía el peligro y estaba petrificado. Llegó junto a mí hasta situarse diente con diente.

-Te apartas o te aparto. -Dijeron las dos bocas de cañón en mi estómago. Hacía tiempo que no me orinaba en la calle. Eran las seis de la tarde y los espulgabueyes copaban los árboles de la plaza.

Dejé el paso franco. Nunca había actuado tan acorde con mi condición de simple vigilante.

Sebastián el carnicero visitó a Tomás que lo esperaba sentado en la puerta de su casa junto a una damajuana de aguardiente.

-Si me vas a matar-dijo Tomás- antes bebamos de este aguardiente y luego que sea lo que tenga que ser.

- Venga aquí ese trago.

Los dos vecinos bebieron tanto que al final no sabían cual era el motivo de la disputa.

Yo, que ya estaba casi curándome, dejé de observar la vida, cerré la puerta de casa y ahora contemplo día tras día el goteo del grifo de la cocina.